



www.loqueleo.com/ec

© 2003, Edna Iturralde

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De Las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-097-2

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loquele Ecuador: Octubre 2018

Segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Gabriela Tamariz

Ilustración: Tito Martínez

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación: Diana Novillo (libro) y Nancy Novillo (actividades)

Autoría de actividades: Gaby Rodríguez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Aventura en los Llanganates

Edna Iturralde



loqueleg



*Para Chomps, mi amigo y compañero
que ahora está en el cielo de los perros.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

CAPÍTULO I

En el aeropuerto.....11

CAPÍTULO II

Chito descubre un secreto.....18

CAPÍTULO III

Preparándose para un viaje.....23

CAPÍTULO IV

Los Llanganates.....30

CAPÍTULO V

Se revela un secreto.....38

CAPÍTULO VI

Chomps se escapa.....45

CAPÍTULO VII

Hacia las cuevas.....52

CAPÍTULO VIII

El fantasma del conquistador.....58

CAPÍTULO IX

Una travesía sorprendente.....64

CAPÍTULO X	
La Ciudad Sagrada.....	71
CAPÍTULO XI	
Nuevas complicaciones.....	79
CAPÍTULO XII	
Un extraño simpático.....	85
CAPÍTULO XIII	
Se presentan problemas.....	91
CAPÍTULO XIV	
El oro de Atahualpa.....	98
CAPÍTULO XV	
Los designios de los dioses.....	104
CAPÍTULO XVI	
Preguntas sin respuestas.....	109
CAPÍTULO XVII	
De regreso a casa.....	114
CAPÍTULO XVIII	
Fin de un viaje.....	118
Biografía	125
Cuaderno de actividades	127



CAPÍTULO I

En el aeropuerto

El avión se sacudió violentamente mientras volaba sobre el paraje andino. Andrés Costa sintió cierta ansiedad al mirar por la ventanilla esas enormes montañas y nevados que se alzaban majestuosos a lo largo y ancho de la cordillera. Parecía imposible que en medio de ellas se pudiera aterrizar. El pasajero que se encontraba sentado a su lado también estaba inquieto. Andrés lo observó con atención. Era un hombre de aspecto vulgar. Sus feos ojillos huidizos veían constantemente a su alrededor y no soltaba ni un momento la maleta de mano que llevaba sobre sus rodillas.

A Andrés le sorprendió la coincidencia: su maleta y la del extraño eran iguales. Había tratado de comentarle este hecho para entablar conversación, pero el hombre lo rehuía, cerraba los ojos y pretendía estar muy cansado.

Andrés se alzó de hombros. Total, el individuo era un pesado y ni falta le hacía hablar con él.

12 A lo lejos distinguió una carretera y varias casas. Reconoció el valle de Tumbaco, en el que había vivido cuando era niño. Andrés suspiró: le causaba mucha emoción regresar a Ecuador después de tanto tiempo. Cuando se había marchado, tenía apenas diez años y cursaba sexto de Educación Básica en la escuela. Con sus dieciocho años recién cumplidos y ya graduado del colegio, volvía a visitar a sus primos durante las vacaciones de verano.

Pronto llegarían: el avión ya estaba haciendo un giro final antes de aterrizar. Fue una carrera rápida y la máquina se detuvo. Andrés recogió su cámara de fotos y la pequeña maleta de mano para luego bajar. Desde la escalinata, trató de distinguir a sus primos entre la gente que se apiñaba en la terraza del aeropuerto. Cuando se encontraba a pocos pasos del edificio, escuchó su nombre varias veces. Alzó la mirada y vio a un muchacho y a una chica.

—¡Hey, hola! —contestó Andrés.

Al entrar sintió que alguien le hacía una zancadilla que lo mandó contra la pared.

Sosteniendo la cámara de fotos para que no se cayera, miró a su alrededor sin encontrar al culpable. «Vaya. Quizá fue mi imaginación, pero podría jurar que no me tropecé solo», pensó. Su chaqueta estaba tirada en el suelo y no encontraba su pequeña maleta. Ya empezaba a preocuparse cuando la distinguió a varios pasos. Se acercó a recogerla y se dirigió a Migración.

13

Allí estaba el hombre del avión, quien parecía que lo había estado esperando. Andrés se situó detrás de él. El sujeto no quitaba la mirada de su maleta de mano, a tal punto que lo hizo sentir incómodo.

Al pasar por Aduana, el oficial le preguntó a Andrés si tenía algo que declarar; como contestó negativamente, lo dejó pasar sin revisar su equipaje. El extraño hombre seguía sin perderlo de vista.

—¡Andy, viejo, qué gusto de verte! —lo abrazó sonriendo un muchacho moreno—. Cuánto tiempo ha pasado, pero con ese cabello rojo nadie podría dejar de reconocerte.

—Ignacio, tú sí que has cambiado. Yo no te habría reconocido si no hubiera visto tu foto

—respondió Andrés, contento de encontrarse con su primo.

—Mira, no sé si te acuerdas de Alana Torres...

—Claro que sí —Andrés estrechó la mano de la chica—. Tú eras vecina de mi casa. Tenías una quinta llena de árboles frutales, a la que...

—... a la que tú venías siempre a robarte las guabas —terminó Alana la frase, soltando una alegre carcajada.

—No se olviden de mí —interrumpió una voz.

—Ah, sí, este es mi hermano Chito. Tenía dos años cuando te fuiste —dijo Ignacio.

—Hola —sonrió el niño.

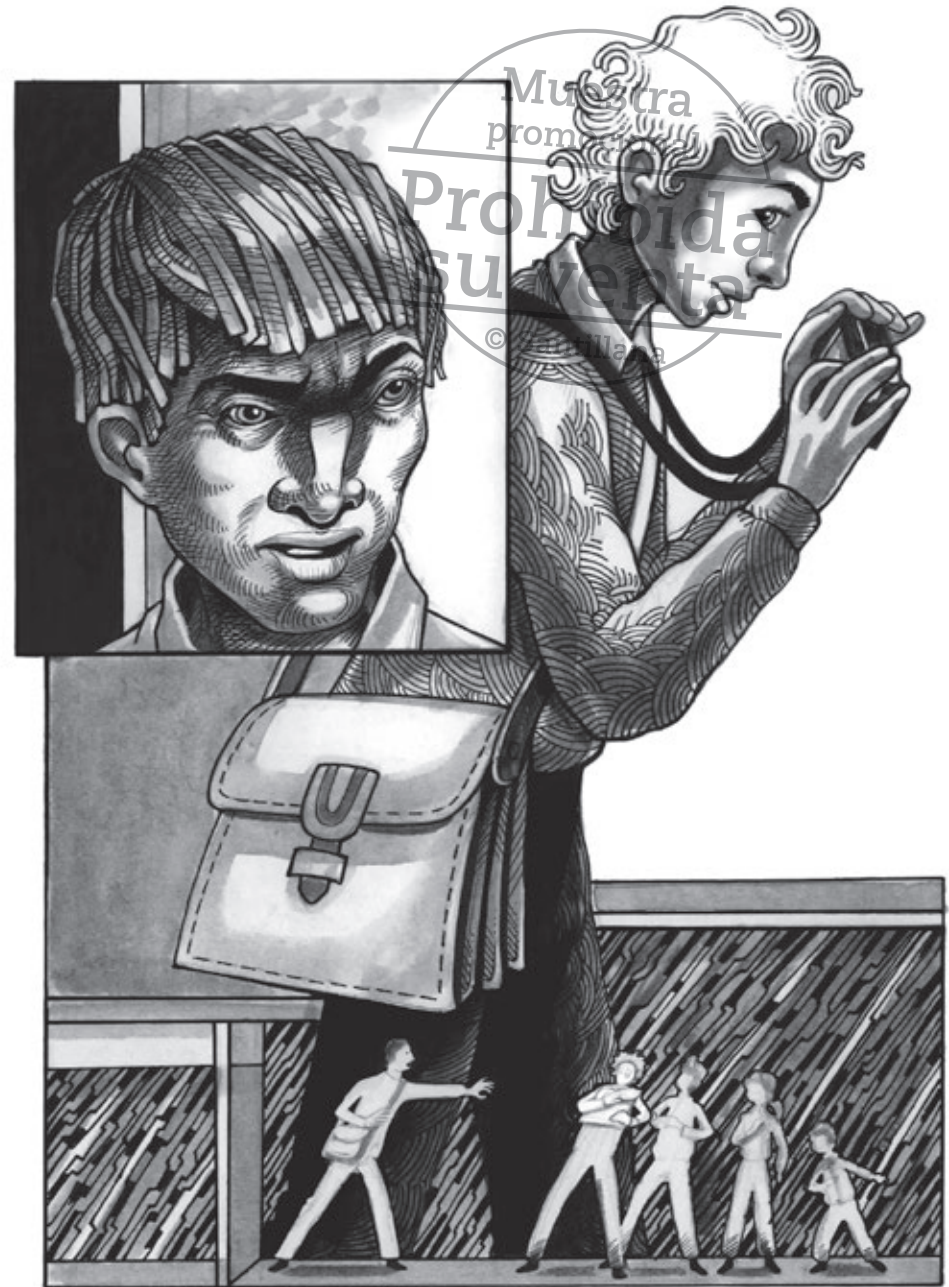
—Vamos, que nos están esperando en casa —recordó Ignacio, levantando las maletas.

Se disponían a marcharse cuando alguien se interpuso en su camino.

—Denme ese maletín. —Los jóvenes se voltearon y sorprendidos miraron al extraño—. Denme esa maleta —volvió a insistir en tono amenazante.

Era el mismo hombre del avión.

—Un momento, señor —dijo Andrés—, esta maleta es mía. Usted lleva la suya colgada al hombro.



El sujeto puso en el suelo la que llevaba. Una fea mueca se dibujó en su rostro. Con ademán decidido, se adelantó para coger la que tenía Andrés. En ese momento, dos cosas sucedieron tan inesperadamente que no dieron tiempo a los chicos para actuar: una patrulla de la Policía se detuvo en la puerta del aeropuerto; luego, una camioneta roja destartalada apareció junto a ellos. Alguien, mientras abría la puerta, le gritó al hombre de la maleta que subiera rápido. Apenas este lo hizo, el vehículo echó a andar a toda velocidad y desapareció en el tráfico.

—Vaya, ¿quién era ese tipo? —preguntó Alana—. ¡Qué miedo!, me pareció que te iba a quitar la maleta a la fuerza.

—No te preocupes —repuso Andrés—, será algún chiflado. Mira, esta maleta es tan mía que en ella tengo algo para ustedes —pero, al abrirla, lanzó un grito de asombro—: No, no es la mía. Esta solo tiene periódicos.

Chito fue el primero en meter las manos en los papeles, buscando si había algo más.

—¡Vean lo que encontré! —exclamó, sosteniendo en la mano un pequeño cuadro antiguo de la Virgen.

—Deben haberse cambiado las maletas en algún momento —dijo Andrés, recordando repentinamente el tropezón a la entrada del edificio.

En ese momento estuvo seguro: aquel hombre lo había hecho caer a propósito y había efectuado el cambio de equipajes. Pero... ¿por qué? ¿Qué razón tenía para hacer algo así?

CAPÍTULO II

Chito descubre un secreto

18 Sorprendidos, los chicos subieron al *jeep* de Ignacio y se dirigieron a su casa.

—Caray, aún sigo sin comprender nada —dijo Andrés.

—Creo que sé lo que pasó —intervino Alana—. Alguien se interesó en que fueras tú quien pasara por Aduana con esa maleta, Andy.

—Y ni siquiera me revisaron...

—¡Eso es! —interrumpió la chica—. Mira, tu maleta y la de ese señor son idénticas. Él te la cambió sabiendo que de un estudiante no sospecharían nada.

—Pero... ¿sospechar qué? Si esta maleta tan solo tiene periódicos y ese cuadro.

—Ese hombre puede ser un contrabandista de obras de arte. Dejándote pasar a ti con su maleta, se evitaba el peligro de ser descubierto —dijo su primo mayor, frunciendo el entrecejo.

—No estoy seguro de que todas estas conjeturas sean verdad —Andrés se quejó—. Lo que sí me molesta es haber perdido mi maleta con los regalos.

En ese momento, a Ignacio le pareció recordar algo, algo que tenía que ver con cuadros y objetos coloniales. Sí, eso era, lo había leído en el diario.

—Ahora que me acuerdo —dijo mientras aminoraba la velocidad—, hace algunos meses hubo un robo en el Museo de Arte Colonial.

—Sí, es cierto. Eso pasó hace poco tiempo. Los ladrones se quedaron escondidos dentro del museo y por la noche cometieron el robo —explicó Chito, encantado de poder demostrar a su primo que él también conocía sobre el asunto.

Conversando animadamente, recorrieron las calles de la ciudad hasta llegar a una casa de ventanas muy grandes situada en una colina. Estaban tan ocupados hablando del misterioso acontecimiento en el aeropuerto que no notaron que eran seguidos por una camioneta roja.

Una vez dentro de la casa y luego de haber saludado con los tíos, los chicos se sentaron alrededor de una mesa a tomar café. Ignacio había

ido a buscar periódicos viejos y los revisaba cuidadosamente.

—Oigan esto —exclamó mientras leía—: «Entre los objetos robados del Museo de Arte Colonial consta —aquí hizo una pausa recorriendo rápidamente el artículo con la mirada— un valiosísimo cuadro del siglo XVI de la Virgen del Cinto».

—Déjame ver lo que dice —pidió Andrés, tomando el diario—. Sí, y aquí está la foto del cuadro, ¿es el mismo!

—Pero, no entiendo, si robaron el cuadro, ¿para qué lo vuelven a traer al país? —preguntó Alana sorprendida.

—Quién sabe por qué, pero aquí está. Lo primero que debemos hacer es devolverlo al museo —replicó Andrés.

—Huy, ¡qué raro! —gritó Chito.

Todos se sorprendieron. Y es que el inquieto muchacho había tomado el cuadro para mirarlo bien y había encontrado una pequeña puertecilla que se abría en la parte de atrás.

—Vean esto. Aquí hay dibujado algo.

El niño sostenía el cuadro por el revés, mientras lo investigaba con detenimiento.

